

A propósito del libro del profesor Aucouturier

Simone Brageot

Maestra y
psicomotricista.

Como muchos de nosotros, he sido alumna del profesor Aucouturier hace mucho, mucho tiempo. Él ha sabido apasionarme durante mi vida profesional a través de sus escritos y sus propuestas de trabajo. Por ello le sigo estando profundamente agradecida.

Al principio del verano me puse a leer su último libro. Un libro muy denso y como de costumbre muy interesante. Como a cada uno de nosotros, su libro cuestionó mi propia experiencia profesional que quisiera relatar aquí.

Arranca en su principio y con toda lógica de la situación, con el socorro de un psicoanálisis que seguí durante cinco años, justo después de haber recibido la formación de psicomotricista. Rescaté en él, el tesoro del pensamiento arcaico asociativo, tan presente en los niños, al mismo tiempo que profundizaba en el mundo simbólico y en las estructuras básicas del pensamiento y del lenguaje social (defensas, negaciones, proyecciones etc.) es decir, me familiaricé con el séquito de operaciones mentales que usamos para descubrir, y sobretodo difrazar la realidad de manera inconsciente

o no. Aprendí que la honradez, es decir, la aceptación de la realidad es la base de una posterior evolución personal. Sin ella, nada es posible. Todo es un mundo de ensueños y tergiversaciones que no demuestran nada, excepto una cosa y su contrario -como bien lo sabían los Sofistas griegos-. Por tanto, la palabra no era siempre fiable para esclarecer algo, tenía sus limitaciones.

Al mismo tiempo a nivel personal, mi vida incluyó repetidas experiencias que no eran analizables ya que no respondían a ninguna lógica aceptable o reconocida -al menos en el marco de la enseñanza y educación, tan cautelosas a la hora de abrirse a planteamientos nuevos-.

Este medio fracaso, me llevó después de haber investigado el ruido de mi mente y de haberlo aumentado considerablemente, a desear la ayuda de técnicas, o mejor dicho de prácticas (esta palabra clave que el profesor Aucouturier me enseñó a valorar por encima de todas las demás) que me permitieron investigar el silencio como fuente de vida y de conocimientos internos. Después de varios tanteos -algunos desastrosos- opté

por seguir una práctica milenaria, laica ya que no representa dogma o religión y menos revelada: la práctica de la meditación Zen.

Empecé hace unos 30 años y sigo en ella de manera cotidiana, lo que me ha permitido, con el paso de los años, volverme muy consciente de mi intimidad psicológica. Ésto me ha llevado a proponer una prolongación al libro del señor Aucouturier, atreviéndome a añadir una palabra al título de su libro.

“Actuar, jugar, pensar” y yo añadiría “ser”. Entiendo por ser lo que está atravesado por la vida para que se manifieste tal como la conocemos.

Pero antes de empezar a contar mis propias conclusiones, quiero plantear las preguntas que me he hecho durante toda mi vida profesional:

Cuando utilizamos la palabra “pensar” ¿a qué nos referimos? el pensamiento o digamos la actividad cerebral ¿es siempre de corte lógico—racional? ¿Es solamente analítico descriptivo? O ¿lo abarca todo, la aseveración de Descartes que todavía marca la cultura francesa “*Je pense donc je suis*”? ¿Qué es la intuición? ¿Cómo funciona? ¿Por qué en nuestros estudios de psicología, no nos hablaron nunca de ella? Y más tarde, durante mi psicoanálisis, descubrí que las palabras describían parcialmente una realidad que se había vuelto fría, describiendo un pasado ya muerto, compensado por un placer narcisista y doloroso de coleccionista, acumulando cosas carentes de la vida espontánea, que brota delante de los ojos atentos de los niños. Entonces como parvulista a quien obligaban (presión social, presión académica) a enseñar de manera preferente en éste sistema de símbolos, que representan la lecto-escritura, aséptica de toda vida me preguntaba: ¿qué parte

del niño se construía en psicomotricidad? ¿Acaso estábamos en un círculo vicioso? Trabajamos los espacios: ¿qué había del tiempo? ¿Qué representaba? ¿Porqué existía este mundo mágico en el niño y porqué este empeño en destruirlo?

Viviendo en un pueblo y de carácter solitario, fue en “Franco-tiradora” -palabra de Katty- que contesté a estas preguntas.

A decir verdad, empecé creando un cuarto espacio que llamé de “restitución holística” (publicados en los nº 25, 31, 36, 40 y 41 de esta revista) que servía para acabar de inmovilizar el cuerpo de los niños, al mismo tiempo que concentraba su atención en un mismo punto, pidiéndoles control y esfuerzo hasta entonces desconocidos. ¿Salía con esto de la psicomotricidad?

Viene otra pregunta: Pero antes quiero citar al doctor Deepack Chopra, para quién el cuerpo no es una cosa que se analiza y se repara, como lo haríamos con el motor de un coche, sino un proceso que abarca zonas que escapan a las descripciones y se sitúan en la parte derecha del cerebro.

Durante la sesión de psicomotricidad, me di cuenta con el tiempo, que trabajamos para dar luz de la manera más armoniosa posible, a todas las posibilidades del cuerpo regido poco a poco por el hemisferio izquierdo del cerebro. Es decir, que ayudamos de manera sobresaliente a la construcción del “ego”, tan indispensable a la hora de saber vivir material, cultural y socialmente. No es necesario que recuerde aquí la importancia de este primer paso, reconozco y apoyo aquí los aciertos del profesor Aucouturier, que nos ha dado a todos y en particular a los niños, los primeros socorros para sanar una educación centrada en el provecho y la competición.

Todo este trabajo es absolutamente necesario, pero ¿es suficiente?, porque durante el

recorrido nos hemos apoyado cada vez más en el dominio de la simbología y del lenguaje, que permite el surgimiento de todo el sistema binario de las dualidades, siendo la primera la de “*placer—displacer*” sobre la cual basamos en casi su totalidad nuestras intervenciones.

Por otra parte, el profesor Aucouturier en su libro nos permite reconocer dos angustias principales: aquí se sitúa mi última pregunta: ¿Qué hacemos con el resto? Es decir, con el pensamiento (porque habrá uno) que utilizan los niños de 0 a 2 o 3 añitos para la colosal aventura de interiorizar al menos un idioma de la complejidad que sea, unos conocimientos afectivos o manipulativos, unos comportamientos posturales o sociales..., todo un conocimiento global, un acercamiento intuitivo y curioso a todo lo que es vida, ya sea una felicidad apacible y gratuita que le permite “aguantar” las frustraciones de todo tipo que conllevan los “aprendizajes”. La emergencia por otra parte necesaria del pensamiento lógico-deductivo, relega al olvido la intuición y crea, de paso, el tiempo psicológico con un “antes” y un “después” que aísla poco a poco al niño/a, creando una individualidad cada vez más profunda y dolorosa.

Efectivamente, desaparece la “magia” que acompañaba el asombro y el gozo de pertenecer a un todo vital y se va borrando el hondo sentido de la vida que se basta a sí misma. Se está creando -y ésta es mi segunda aportación—una nueva angustia, la tercera que he llamado “la angustia de castración espiritual” de corte artificial ya que nace de la cultura y de la sociedad. Solo se equilibra de nuevo con la intervención de la meditación en el cuarto espacio de “restitución holística. Quiero citar aquí una vez más al doctor Chopra que habla del tema de la restauración del tejido intuitivo en

You Tube en el TED, en una charla de unos 10 minutos de extraordinario contenido.

Lucho por la idea de que los niños/as pequeños/as tienen el derecho de rescatar este tipo de inteligencia, de reconocerla y adiestrarla, para que no solamente amplíen sus posibilidades mentales, sino que puedan gozar de salud mental y alegría de vivir, tanto como con las indispensables actividades de juego que conocemos gracias al profesor Aucouturier.

Goya en su grabado suficientemente conocido para mencionarlo aquí, dijo: “*el sueño de la razón produce monstruos*”. Me permito añadir aquí la propuesta simétrica: “*el sueño de la intuición produce también monstruos*”. Nuestra cultura está repleta de ellos y crea cada día más.

En realidad estos dos aspectos del pensamiento se complementan de manera armónica y son la garantía de un control mutuo. El pensamiento intuitivo, debidamente solicitado, permite la integración de lo aprendido durante el recorrido precedente, favoreciendo el brotar espontáneo de la creatividad globalizadora y el especial surgir de nuevas ideas. Estamos tejiendo constantemente interior y exterior, individualidad y unidad, actividad espontánea y atención focalizada. Creo que la psicomotricidad no ha perdido nada. Sólo se ha enriquecido. Creo que es hora de escribir en un próximo artículo lo que es y lo que no es la meditación.

Bibliografía

- Aucouturier, B. (2018) *Actuar, jugar, pensar*. Editorial Graó. Barcelona
- Deepack, Ch. (2007) *Las siete leyes espirituales del éxito*. Editorial Edaf
- Descartes, R. (1637) *Discurso del método*. Editorial Akal. Barcelona